

ENTRE LO HONORABLE Y LO ÚTIL:
EL *LAZARILLO* Y EL *DE OFFICIIIS* DE CICERÓN

Between the right and the expedient:
Lazarillo and *De officiis* by Cicero

JOSÉ LUIS MONTIEL DOMÍNGUEZ

Universidad de Huelva
jose.montiel@dfilo.uhu.es

RESUMEN: En este trabajo procuramos dar una explicación a la caracterización final del protagonista en el *Lazarillo de Tormes*. Es un problema que ha merecido la atención de la crítica y al que se le han dado diversas soluciones, como la del componente estructural, humorístico, etc. En este caso, se aporta la hipótesis de que el autor del *Lazarillo* haya tenido como modelo la dicotomía entre lo honorable y lo útil del *De officiis* de Cicerón para representar el dilema que vive el propio Lázaro. Esta idea nos permite deslindar la faceta estoica del autor frente a la del narrador ficticio, y contribuye a enriquecer la interpretación de la obra.

PALABRAS CLAVE: *Lazarillo de Tormes*, Cicerón, caracterización, estoicismo, erasmismo.

ABSTRACT: In this paper we try to give an explanation to the last protagonist's characterization in *Lazarillo de Tormes*. It is a problem that has deserved critical attention and various solutions, such as the structural, humorous component, etc. In this case, we affirm that the author of the *Lazarillo* has had as a model the dichotomy between the moral right and the expediency from Cicero's *De officiis* to represent the dilemma which Lazaro lives in. This idea allows us to distinguish the stoic facet of the author from that of the fictional narrator, and contributes to improve the interpretation of the novel.

KEYWORDS: *Lazarillo de Tormes*, Cicero, characterization, stoicism, Erasmism.

ANTECEDENTES CRÍTICOS E HIPÓTESIS PRINCIPAL

La presencia de la filosofía estoica en el *Lazarillo de Tormes* no ha merecido muchos apuntes por parte de la crítica especializada.¹ Truman (1975: 50) mencionó la posible influencia de la *Epístola XLIV* de Séneca, inserta en la tradición de textos de *de nobilitate*, que cree parodiados en el *Lazarillo*. La obra de Séneca es un forcejeo incesante para deshacerse del poder de la Fortuna, o la ansiedad por el futuro, que el autor latino atribuye erróneamente a los epicúreos. En esto consiste la virtud y es un logro reservado para el sabio estoico. Nuestro Lázaro escribe su historia, y así se cree vencedor moral sobre la Fortuna.² Los debates ficticios humanísticos entre epicúreos y estoicos como el *De Voluptate* (1431) de Valla y el *Epicureus* (1533) de Erasmo sin duda fueron aprovechados en el *Lazarillo* (Colahan, 2001). Los epicúreos tildaban de hipócrita la rectitud moral de los estoicos, de ahí que, según Colahan, a Lázaro se le pudiese atribuir un carácter epicúreo. Ello es factible en el interés personal del protagonista, que engaña a Vuestra Merced tapando a su amo el arcipreste de San Salvador, aunque no tanto en la superstición, combatida por los epicúreos con el conocimiento empírico de la naturaleza plasmado en su teoría atomista. Y, como quiera que el materialismo se identifique con un cierto determinismo, sin embargo los epicú

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto «La escritura elaborada en español de la Baja Edad Media al siglo XVI: traducción y contacto de lenguas» (FFI2016-74828-P, Ministerio de Economía, Gobierno de España), cuyas responsables son Lola Pons Rodríguez (Universidad de Sevilla) y Eva María Bravo García (Universidad de Sevilla). Agradezco a Valentín Núñez Rivera (Universidad de Huelva) sus valiosas observaciones al borrador y referencias bibliográficas, y a Lola Pons (Universidad de Sevilla) las notas lingüísticas sobre Juan de Valdés.

² Las referencias a la próspera y adversa Fortuna, las dichas y desdichas del protagonista, y a sus «negros» remedios, son constantes en la obra, lo que puede transparentar lecturas humanistas como la de Petrarca (1513). El aretino previene, en primer lugar, contra la vanagloria y, en segundo, contra las quejas de la mudable Fortuna y del ansia de fama, a las cuales vence la virtud. Lázaro la confunde con el ascenso social que, si bien obtenido por su esfuerzo desde la pobreza extrema (propaganda *de nobilitate*), se ve empañado por la deshonor conyugal, lo cual desmerece la fama anhelada en el prólogo. Digamos que es un héroe imperfecto que debía salir de la adversidad con virtud y fama verdaderas. De él se puede decir lo que comenta Petrarca sobre Aurelio Antonio, que «conociendo los adulterios de su mujer e amonestando le sus amigos que o la matasse o a lo menos la dexasse, respondió: “si dexo la muger conuerna dexar tambien la dote”, que era el imperio» (Petrarca, 1513: XLIXr). Truman (1975) no menciona concretamente este pasaje del Libro I, ya que su análisis se centra en el Libro II del *De remediis*, a partir del cual constata las analogías con el *Lazarillo* en cuanto a la concepción petrarquista de la nobleza y del matrimonio, subvertidas por la ironía paródica de la novela picaresca.

reos defienden la libertad humana al separar a los dioses de los fenómenos físicos azarosos.³

El prólogo del *Lazarillo* abunda en lugares y tópicos clásicos, catalogados por Rico (1987), sobresaliendo entre ellos la cita de las *Tusculanas* (I, 4) de Cicerón: «dice Tulio: La honra cría las artes» (*LT*, 4).⁴ Es sabido que Cicerón fue autor de referencia del humanismo renacentista y que su obra se difundió extraordinariamente. Aunque el *De officiis* se leía en las escuelas medievales, Cicerón nunca fue modelo estilístico hasta el Renacimiento (Curtius, 1955: 81 y 102).⁵ Tratados y diálogos morales como el *De finibus* o el *De officiis*, editado por Erasmo, transmitían una crítica del estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo neoacadémico, muy útil para la mayoría de los autores. En el *De finibus* las virtudes —en especial la justicia— se definen como el supremo bien, pero si se quiere vivir totalmente conforme a la naturaleza, cuyo orden racional rechaza el mal, preserva la autoestima y el conocimiento de sí mismo, no se pueden desdeñar otros bienes corporales y materiales (salud, belleza, placer, riquezas, fama, etc.), de conformidad con académicos y peripatéticos, y en contra del rigorismo estoico con Zenón a la cabeza (Cicerón, 1987: 258). En las *Cuestiones académicas*, Cicerón aborda desde el escepticismo la posibilidad de percibir la diferencia entre la representación verda-

³ Véase, por ejemplo, Lucrecio (2016: 123 y 334–335). La *ataraxía* ‘serenidad’ y la *autárkeia* ‘auto-suficiencia’ del sabio frente a la *tukhé* ‘fortuna’ le deparan el placer (o ausencia de dolor) y la vida feliz, dentro de una moderación útil, relativista, y en contra de la línea de ascetismo estoico. El individualismo, sin embargo, más patente en la ética epicúrea, acerca a estoicos y epicúreos, aunque en estos «las virtudes se eligen precisamente por el placer, no por sí mismas [...] Son medios, no fines» (García Gual, 2002: 195). El interés por la vida pública, el honor mundano, el deber cívico y el orden social distingue, por su parte, a los estoicos, más dialécticos y racionalistas; repárese en la mención final del *Lazarillo* al Emperador y a las cortes en Toledo. Rico (2011: 295–296) defiende que el pasaje es imitación burlesca de las *Geórgicas* (IV, 559–566).

⁴ La abreviatura *LT* corresponde a *Lazarillo de Tormes*. Se cita por la edición de Rico (2011), aunque también se han consultado las ediciones de Caso (1967), Blecua (1975), Ricapito (1976), Gómez Canseco (2004) y Gargano (2017). El libro I de las *Tusculanas* aborda la cuestión de la inmortalidad del alma, y de la recompensa de la gloria imperecedera a soldados y poetas. La conclusión de la obra es que el ejercicio feliz de la virtud y el dominio de las pasiones o su aprovechamiento, como proponían los peripatéticos (Cicerón, 2010: 273), debe prevalecer sobre el deseo de gloria o de evitar el dolor (Woolf, 2015: 224–225). Cicerón rechaza el individualismo epicúreo, cuya defensa de que «en el propio deshonor no hay nada de malo, a no ser que a consecuencia de él se deriven dolores» (Cicerón, 2010: 169) cree necesario combatirla con el fortalecimiento del alma mediante la virtud.

⁵ Dyck (1996: 39–49) expone la fortuna del tratado en la cultura occidental desde Petrarca hasta el imperativo kantiano.

dera y la falsa contentándose con la probable o verosímil, junto a la polémica de la búsqueda desinteresada de la virtud (Cicerón, 1980: 91).

No obstante, el debate moral del *De officiis* (44 a. C.) se le ha pasado por alto a la crítica lazarillesca.⁶ En particular, Corencia (2016: 178 n. 27 y 183) ha resaltado los tres ejemplares anotados del *De officiis* poseídos por Hurtado de Mendoza, uno de los posibles autores del *Lazarillo*.⁷ La obra ciceroniana se basa en la del filósofo estoico moderado Panecio (siglo II, a. C.), y está dirigida a su hijo Marco. El destinatario es también la juventud romana en general para que subordine su interés personal al de la República, como advierte Dyck (1996: 29 y 35) en su exhaustivo comentario. El tratado moral se divide en tres libros, y en el tercero Cicerón plantea la controversia entre lo honorable y lo útil.⁸ A mi juicio, esta es la misma dialéctica de «el caso», cuando Lázaro niega y se calla, como ha aprendido

⁶ En el monumental estudio de Martino (1999) no aparece nada relativo a la dicotomía honra-provecho —la *pro e la ondra* medievales— del *De officiis*. Las referencias más próximas a lo que nos ocupa son: Jiménez Patón sobre el género «tenuis» definido por Cicerón en «los Oficios» (Martino, 1999, I: 165); un artículo de Sánchez-Blanco (1981) sobre el «aristocratismo» del autor; y pocos más, como el de Marasso (1955) sobre las fuentes latinas en general y el carácter de Lázaro, narcisista y mercurial, Blanquat (1973) y Sauve (1988). Blecua (1975: 175 n. 341) cita a este propósito el refrán «Honra y provecho no caben en un saco», que puede aplicarse a la deshonra de Lázaro, o al *Exemplo XVII* de *El Conde Lucanor* («De lo que contesció a un omne que avía muy grant fambre quel convidaron otros muy floxamente a comer»), que Serés (2006: 73) relaciona con el escudero del *Lazarillo*. La honra y el provecho como detonantes de la acción se mencionan también en la *Silva de varia lección* del sevillano Pedro Mexía (Maiorino, 2003: 159 n. 21).

⁷ Martino (1999, I: 183-241) y Rico (2011: 115-128) trazan un completo panorama de las atribuciones de autoría del *Lazarillo*, que es una *hydra* de la crítica moderna y un ejercicio inagotable para la conjetura. La de Hurtado de Mendoza es antigua y legendaria; la recogen los bibliógrafos Taxandro (1607) y Schott (1608), pero no se sostiene estilísticamente por los textos conocidos del diplomático granadino (Rico, 2011: 120-122). No obstante, el hecho de que López de Velasco, responsable del *Lazarillo castigado* (1573), fuese hombre de confianza y depositario de los papeles de don Diego —entre los que se hallaba «vn legajo de correçiones hechas para la ynpression de *Lazarillo* y *Propalladia*» (Agulló, 2010: 37)— la ha vuelto a poner recientemente en el candelero. Así, Ruffinatto (2020: 309) da por hecho que Hurtado de Mendoza es, por lo menos, el autor real del *Lazarillo castigado*.

⁸ No obstante, el libro III ofrece una visión más severa de dicha controversia que la que cabía esperar de Panecio: «Cicero uses Book 3 as a means of propagating a rigorist ethic based upon the example of Romans he admired (Scaevola, Fabricius, Regulus, Manlius) and set in relief by the examples of other Romans whose behavior he deprecated or indeed, in some cases, abominated (*viz.*, Crassus, Hortensius, M. and C. Marius, Pompey the Great, Caesar, Q. Pompeius). The result is more akin to the rigorism of the *Paradoxa Stoicorum* [...] than with the Panaetian doctrines of *Off. 1-2*» (Dyck, 1996: 621).

de sus amos, por provecho⁹ o conveniencia, la realidad del amancebamiento de su mujer con el arcipreste de San Salvador:

—Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará; digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella. Ella entra muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca: digo a tu provecho. (*LT*, 78-79).

El pasaje citado contiene, además, un rasgo de estilo muy relevante como es la elisión del verbo («no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella»), que Cicerón emplea en sus *Cartas a Ático* con cierta asiduidad propia del *sermo cotidianus*. Por ejemplo, en las cartas donde comenta el proceso de composición del *De officiis* —los verbos omitidos son fácilmente deducibles del contexto—:

Nos hic φιλοσοφοῦμεν (quid enim aliud?) et τὰ περί τοῦ Καθήκοντος magnifice explicamus προσφωνοῦμέν que Ciceroni. qua de re enim potius pater filio? (Shackleton Bailey, 1987: 672); yo aquí ‘estoy filosofando’ (pues, ¿qué otra cosa?) y desarrollo magníficamente el ‘Sobre los deberes’ y ‘me dirijo’ a Marco. Pues, ¿sobre qué tema mejor de padre a hijo? (Cicerón, 1996: 435)

[...] ego autem et eius librum arcessivi et ad Athenodorum Calvum scripsi ut ad me τὰ κεφάλαια mitteret; quae exspecto. quem velim cohortere et roges ut quam primum. (Shackleton Bailey, 1987: 672); yo por mi parte he encargado su libro y he escrito a Atenodoro el Calvo que me mande ‘el resumen’; estoy esperándolo. Me gustaría que le des un toque y le ruegues que cuanto antes. (Cicerón, 1996: 442)

[...] sed haec et alia maiora coram. (Shackleton Bailey, 1987: 674); Pero esto y otras cosas más importantes, personalmente. (Cicerón, 1996: 444)

⁹ Gómez Canseco (2004: 16) apunta al sentido exculpatorio de la narración picaresca: «Para justificarse, el pícaro se presenta a sí mismo como el resultado de una sociedad perversa, que identifica lo bueno con lo provechoso». Ruffinatto (2020: 314) cree que los verdaderos pícaros son los amos, no el protagonista. Núñez Rivera (2002: 148) subraya la paradoja de que Lázaro se tenga que hacer el ciego ante la «denigrante realidad», mientras que va pregonando por las calles los delitos de otros. En su reciente edición, Gargano caracteriza el discurso del arcipreste a Lázaro como «un vero concentrato di etica al rovescio» (Gargano, 2017: 273 n. 72); además, destaca el medro como el tema central de la obra (Gargano, 2017: 225-226), aunque también la desconfianza en el prójimo y el efecto desacralizador.

Sed, ut aliud ex alio, mihi non est dubium quin quod Graeci καθήκον, nos ‘officium’. (Shackleton Bailey, 1987: 677); Pero, un asunto a partir de otro, no me cabe duda alguna: lo que los griegos *kathêkon*, nosotros «deber». (Cicerón, 1996: 448)

Es cierto que Lázaro pasa de la supervivencia a la búsqueda de la prosperidad económica, hasta el punto de que Maiorino (2003: 72) habla de «achievement» en su lectura marxista, pero a costa de la «moral devaluation» y de comerciar con el matrimonio, que era la recompensa de los héroes folclóricos y épicos. El Lázaro indigente no puede ni pensar en el honor dentro de esa sociedad corrupta y mercantilista hasta que sus necesidades materiales no estén cubiertas, y cuando parecen estarlo, persigue con cierto descaro su redención a través de esa «nonada» con la que pretende alcanzar la fama literaria en la carta a Vuestra Merced: «the anonymous *Yo exploits the rhetorical paradox of praising what cannot be praised*» (Maiorino, 2003: 138). Así pues, desde el marxismo, el *Lazarillo* pertenece a la cultura popular del Renacimiento, indigente y materialista, que desafía el idealismo humanista de la cultura de la opulencia. Ahora bien, Lázaro no es un inmoral por dañar a otros —atentando contra la virtud de la justicia—, sino por elegir su provecho sin encontrarse en situación desesperada de supervivencia, y por tener que ocultar su deshonra, contradiciendo así la dimensión social del honor y de ahí el paradójico «las malas lenguas». Para el Cicerón del *De officiis* es siempre preferible la transparencia («to live openly»): «what is shameful cannot be honourable by being covered up, so too what is not honourable cannot be made advantageous» (Woolf, 2015: 195). En cualquier caso, la relación de Lázaro con las figuras de autoridad de la novela,¹⁰ amos, madre, Vuestra Merced —de quien tal vez busca una suerte de carta de recomendación—, es harto compleja.¹¹

¹⁰ Empleo esta designación en sentido amplio, pues la crítica actual se inclina a clasificar genéricamente el *Lazarillo* como sátira menipea, en virtud de la paradoja burlesca que caracteriza a la obra de Luciano de Samósata —que mostraba simpatía por los epicúreos como debeladores de la superstición (García Gual, 2002: 253)— y de Apuleyo (Núñez Rivera, 2017), además de remitir, por supuesto, a la *Moria* erasmiana, los *Paradoxa Stoicorum* de Cicerón y los elogios chocarreros a la pulga, el asno, los cuernos, por parte de escritores contemporáneos. Tal paradoja va unida en el sofisticado narrador a la subversión irónica de los valores morales: «El mundo está degradado éticamente y los valores se han invertido de modo irremisible: el vicio se ha convertido en norma y la honra se identifica cínicamente con el provecho. La sociedad también resulta paradójica y se guía por la máxima del mundo al revés» (Núñez Rivera, 2002: 95), tópico acentuado en la literatura bufonesca, del que quizá se sirve Lázaro para divertir a Vuestra Merced (Núñez Rivera, 2002: 153).

¹¹ La sumisión a la autoridad puede envolver un complejo sadomasoquista (Fromm, 2004: 150),

ANÁLISIS DEL *DE OFFICIIS*

Como cabe suponerse, el autor del *De officiis*¹² —el del *Lazarillo* también y sus lectores— desaprobarían la actitud de Lázaro. La honorabilidad consiste en la posesión ideal de las virtudes (la sabiduría, la fortaleza, la templanza y la justicia) y su aplicación práctica como deberes. Esto obliga a un control racional de las pasiones o de los vicios (el miedo, la ira, la codicia, la lujuria, etc.), lo que otorga al sabio la felicidad y el sosiego del alma. Por tanto, la honra, el reconocimiento público, se deriva del cumplimiento racional del deber, y su abandono genera ignominia (*De officiis*, I, 4). La utilidad general, como consecuencia de la virtud de la justicia, debe primar sobre el interés personal para granjearse la benevolencia del público.

La tesis del tratado se resume, pues, así: «quod honestum non esset, id ne utile quidem [...]» (*De officiis*, III, 49); «todo lo que es honorable es útil y no es útil nada que no sea honorable» (Cicerón, 2014: 230). Los epicúreos, que anteponen el placer individual a la virtud como supremo bien, a veces plantean el conflicto de que puede haber cosas útiles no honorables. Pero todo es apariencia, porque «ubi turpitudinis sit, ibi utilitatem esse non posse» (*De officiis*, III, 35); «donde hay ignominia no puede haber utilidad» (Cicerón, 2004: 243). El sabio estoico, que vive conforme a la naturaleza, asume y acepta racionalmente una suerte de determinismo,¹³ llámesele Fortuna, Providencia, Dios. Cicerón emplea la misma metáfora náutica que Lázaro en el prólogo para representar el poder de la Fortuna en la prosperidad o en la adversidad: «cum prospero flatu eius utimur, ad exitum pervehimur optatos et, cum reflavit, affligimur» (*De officiis*, II, 19); «cuando sopla

como el de aceptar el adulterio de su mujer con el arcipreste —¿un alcahuete procesado?— al margen de la mera gratitud por el empleo recibido o el conformismo optimista. La cuestión de los abusos de toda laya, en especial sexual, que Lázaro sufre por parte de sus amos —paralelos a los de su madre, Antona Pérez— se palpa, sobre todo, en la reticencia final del episodio del mercedario («Y por esto y por otras cosillas que no digo, salí de él»; *LT*, 68), pero también en el fático episodio de la longaniza, donde sueña con castrar la nariz del ciego; y naturalmente en el de la manceba de clérigo. Ahora bien, Lázaro en su cinismo afirma su yo, su libre individualidad, en su crítica social a la «negra honra», y otro tanto al emplear el cauce de la forma epistolar, consabido para la expresión de la personalidad entre los humanistas.

¹² La edición de referencia es la de Miller (Cicerón, 1997).

¹³ Sin embargo, en *De fato* Cicerón rechaza el determinismo estoico de la Providencia, subrayando la agentividad y voluntad libre de las acciones individuales (Woolf, 2015: 92). En el estoicismo existe también una tendencia «compatibilista» que trata de casar el determinismo con la agentividad.

a nuestro favor arribamos a los resultados deseados, y cuando sopla en contra nos vamos al traste» (Cicerón, 2004: 171).

Pues bien, a la luz de este sistema, Lázaro de Tormes se nos aparece como un contraejemplo moral. No se trata obviamente de un «nefarium» (*De officiis*, II, 51), sino que provoca más bien en su autodefensa, con su gracejo de pillo, a lástima o conmiseración —la misma que le producía el escudero— a los ojos de Vuestra Merced o de sus lectores. No obstante, su conducta es, desde una perspectiva estoica, netamente inmoral. No cumple el principio de someter la utilidad personal a la honorabilidad en «el caso», pese a las advertencias de su entorno social, negando cínicamente la realidad de las acusaciones. A lo largo de su relación «de méritos y servicios» (Folger, 2009), se le caracteriza como un varón astuto, espabilado, disimulado, que engaña dolosamente o se calla, y que actúa con fingimiento malicioso: «ex quo ista innumerabilia nascuntur, ut utilia cum honestis pugnare videantur» (*De officiis*, III, 72); «brotan incontables casos donde lo útil parece en conflicto con lo honorable» (Cicerón, 2004: 265). Pero es absurdo proceder de ese modo, como se muestra por el cuento de Gyges: «Atque etiam ex omni deliberatione celandi et occultandi spes opinioque removenda est» (*De officiis*, III, 37); «hay que suprimir de todo debate la esperanza y la idea de encubrir y ocultar algo» (Cicerón, 2004: 244), ya que los astutos no eran del agrado «maioribus nostris» (*De officiis*, III, 68). De manera que Lázaro se erige como la contrafigura del «varón bueno», pese a que lo proclame a los cuatro vientos, que nunca debería haber disgregado la utilidad de la honorabilidad. Podría equiparse a una especie de recreación de Odiseo, maestro del fingir, vagabundo, pero con una Penélope infiel.¹⁴

Por otra parte, es bastante inconsecuente pretender la gloria o la alabanza literaria de la que habla en el prólogo citando a Cicerón, el cual por cierto se prodiga en prevenciones contra el ansia de gloria (*De officiis*, I, 68–69). No se puede ir en contra de la naturaleza, ni alcanzar la gloria verdadera o duradera «simulatione et inani ostentatione» (*De officiis*, II, 43); «con fingimiento y huera simulación» (Cicerón, 2004: 188). Por eso, «deforme etiam est de se ipsum praedicare falsa praesertim et cum irrisione audientium imitari militem gloriosum» (*De officiis*, I, 137); «resulta grotesco alabarse a sí mismo —sobre todo con falsedades— imitando al soldado fanfarrón para mofa de los oyentes» (Cicerón, 2004: 142). ¿Cómo no en-

¹⁴ Cicerón (*De officiis*, III, 97) cita la tradición trágica de Ulises fingiendo locura para no ir a la guerra de Troya. La tela de Penélope se menciona en el *Tratado II (LT)*, 38). Como advierte Woodward (1965: 52), la seguridad de Lázaro es precaria, porque depende del atractivo de su mujer.

marcar en este reproche la fingida templanza y compostura señorial del escudero, o el ánimo temeroso y envilecido de un Lázaro de Tormes que huye de los «retraídos» que se enfrentan a su amo el alguacil (*LT*, 76),¹⁵ o que jura matarse con quien le contravenga en lo de su mujer (*LT*, 80)? Desde luego, contrasta mucho con los ejemplos de gloria militar, de adusta moral romana, de *fides* al juramento —como el de Régulo—, donde la honorabilidad, en forma de fortaleza, magnanimidad (*magnitudo animi*), el bien de la República, vence a lo que parece útil para la persona, porque la cobardía es sin duda ignominiosa.

EL DOBLE PLANO AUTORIAL: NARRADOR FICTICIO Y AUTOR REAL

Admitiendo que el juicio moral del protagonista pueda haber recibido el influjo del *De officiis*, hemos de detenernos ahora en la base de interpretación del *Lazarillo* que, en mi opinión, reside en la doble perspectiva —el desdoblamiento, si se prefiere— del narrador ficticio, el Lázaro adulto, y el autor real. Frenk (1980) distingue entre autor implícito, Lázaro narrador y Lázaro protagonista, de lo que se infiere el contraste entre la lectura moral implícita del autor y la explícitamente triunfante del narrador. Ese doble plano es el que procura a la novela su paradoja,¹⁶ su ironía y su radical ambigüedad, aunque Truman (1968: 603) defiende en el contexto paródico de la obra el «ironic amusement» del narrador sobre sus propios logros, cosa que debe atribuirse más bien al autor real por concebir la ironía como una especie de homeopatía contra los engaños del mundo.

A mi juicio, el escepticismo dialéctico ciceroniano es el molde en el que debe encuadrarse este enfrentamiento entre autor y personaje. Cicerón era un acadé-

¹⁵ Woods (1979: 594) sostiene que resulta hipócrita juzgar moralmente a Lázaro por su comportamiento en este y otros pasajes, y por su deseo de confort, sobre todo cuando la ambigüedad del texto nos sustrae la «firm evidence» del adulterio de su mujer. Sin embargo, a propósito del *Tratado V*, señala el erasmismo del autor (Woods, 1979: 597), lo que refrendaría la intención moral de la obra.

¹⁶ Sobre la base retórica del encomio paradójico desenvuelve su análisis de la obra Núñez Rivera (2002). Son muy abundantes las antítesis en la pugna con los amos antagonistas: enfermedad / salud, viejo / nuevo, muerte / vida, abrir / cerrar, día / noche, trabajos / placeres, bajos / altos, coser / descoser, hambre / comida, etc. Una, la del comer poco y vivir mucho, es acentuada por Lázaro, pero descartada irónicamente por sus amos. No obstante, esta dialéctica se va diluyendo, se vuelve inclusiva, se borran los opuestos al creerse Lázaro próspero y afortunado: «yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad» (*LT*, 79).

mico, aunque simpatizante del estoicismo moderado, nada dogmático y opuesto a la predestinación. Los estoicos tenían una concepción racional de la naturaleza y la virtud como creaciones de la divinidad. El autor real es más un ciceroniano que un estoico puro, aunque en «el caso» se posiciona racionalmente del lado de lo honorable, porque hace prevalecer la virtud sobre lo útil, así como el determinismo de la Providencia. Sin embargo, en el *Lazarillo* contemplamos también una técnica dialéctica de contraposición de posturas explícitas o implícitas, al estilo de los tratados ciceronianos. La vida de Lázaro, la dura realidad de ese personaje insignificante (pero fuerte en su instinto de supervivencia en la búsqueda de un oficio), indigente y hambriento, convierte el dogmatismo estoico en irrealizable: es una filosofía para sabios afortunados, con sus necesidades primarias resueltas. Ahora bien, el narrador-protagonista no se libra de la crítica moral implícita a su ansia de fama inmerecida. Este aspecto es determinante para explicar el anonimato de la obra, y cómo no, el desprecio por la aprobación del vulgo («nec vero est quicquam turpius vanitate»; *De officiis*, I, 150).

Así pues, el narrador ficticio que relata su autobiografía como una epístola *expurgativa*, una *apología pro vita sua* (Woodward, 1965: 44), trata de justificarse sin conseguirlo, entre tanta hipocresía y corrupción, aduciendo como circunstancia atenuante su trayectoria, y asumiendo una idea ficticia de la honra. Lázaro se ufana como un héroe épico o ejemplar —cayendo en la misma presunción que la del hidalgo pobre— de haber sorteado finalmente a la Fortuna contraria. Ello en sí mismo justificaría salvar su relato del olvido, habiendo superado la predestinación del linaje, mediante su propio esfuerzo, su *virtus* —como el típico héroe épico bastardo, aunque en realidad Lázaro sea un antihéroe—¹⁷ hasta alcanzar la honra de un «oficio real» y, de forma paradójica, desmentir cínicamente «el caso». Así pues, el narrador se presenta como una parodia del *homo novus* de «verdadera nobleza», según entendieron Truman (1969), y Rico (1987: 88) citando a Fernando del Pulgar. Pero ese tal «Vuestra Merced» y, al mismo tiempo, nuestro

¹⁷ Lida (1964) disminuye la importancia de los cuentos populares en la obra por la fuerza del realismo psicológico (véase también Alonso, 1958). El nacimiento en el río es parodia libre y humorística del *Amadís* (Lida, 1964: 350). En un artículo señero, Wardropper (1961: 447) observa que el *Lazarillo* refleja «the seamy side», el lado del revés de la moral caballeresca, condicionado por la afirmación epicúrea del omnímodo provecho, que empuja al narrador a refutar su opuesto, la «negra honra». Ese subterfugio puede ampararse en las críticas a la hipocresía social de los moralistas de la época: López de Yanguas en los *Triunfos de los sentidos* critica la vanidad de los escuderos pobres (Bataillon, 1977: 330); se burlan también de la honra el médico Villalobos (Blecuá 1975), Torquemada (1994) en sus *Coloquios satíricos*, y Erasmo en el coloquio *Ementita nobilitas* ‘falsa nobleza’ (1528).

incógnito autor, tal vez más aristócrata de lo que podamos suponer, no podrían sino burlarse del Lázaro maduro que se jacta en el *Prólogo*, haciendo, por así decir, de la necesidad virtud.¹⁸

Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto. (*LT*, 5)

Por supuesto, la mácula del aparente ascenso es «el caso», la deshonra conyugal de su mujer, amante del arcipreste de San Salvador, y la situación de marido complaciente de Lázaro.¹⁹ Incluso Bataillon (1977: 333-335), reticente como el que más a admitir influjo erasmista en el *Lazarillo*, propuso la comparación de un pasaje del *Elogio de la locura* (capítulo xx) con la paradójica situación de *stultus* consentido de Lázaro, lo que a su juicio explica la forma autobiográfica de la novela. El «caso» de honra, lo que gana y sacrifica por «arrimarse a los buenos», como expone García de la Concha (1981: 23), es el pretexto para que el protagonista narre su vida. Pero en su mentalidad los buenos no existen, ni tampoco la honra, ni la virtud, de ahí que pueda excusarse el encadenamiento de juramentos falsos de Lázaro y su mujer:

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí [...] con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello [...] Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las

¹⁸ Cicerón era también un *homo novus*, un ‘advenedizo’ de Arpino, lo que le producía cierta zozobra por el deseo de ser tratado como uno de los *optimates* (Pina, 2005: 103). McGrady (1970: 566-567) cree que el autor es un aristócrata, ya que su clase social se libra de censuras en la novela, frente al retrato satírico, por ejemplo, del escudero como cristiano nuevo: «the concept of honor caricatured in L. is not that of true honor, based on virtue, but the hollow notion which concerns itself only with mere appearances and social privilege» (McGrady, 1970: 565). Además, a modo de interpretación alegórica o unamuniana de la obra, asemeja a Vuestra Merced con el autor, que recibe la narración de su personaje. Para Sánchez-Blanco (1981: 515), la sátira del ideal burgués del *self made man* estaría en consonancia con el aristocratismo del autor.

¹⁹ En las *Cartas a Ático*, Cicerón, tratando de sus relaciones con los cesarianos, alude veladamente a un tal Cipio, que se hacía el dormido para que su mujer cometiera adulterio: «Bonita cosa es darse el gusto de odiar a alguien y no ser más esclavo de todos que dormir para todos» (Cicerón, 1996: 304). Vuelve sobre esta anécdota –de las que gustaba su humor sarcástico– en las *Cartas a los familiares*, en una dirigida a Marco Fabio Galo (Cicerón, 2008: 284).

puertas de Toledo. (*LT*, 79-80)

La necesidad estructural condiciona «el caso»; se debe al determinismo del tópico clásico de la Fortuna, o al popular del refranero («Mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia»; *LT*, 40) y a la mancha final del protagonista marcado por su origen. La preocupación religiosa por la pobreza y el «parasitismo social», con mostrar algún grado de erasmismo (Asensio, 1959: 81), se revela como un instrumento al servicio de la caracterización y de esa necesidad estructural para catar moralmente el pretendido ascenso de Lázaro. Según Willis (1959), la tríada formada por los Tratados IV-VI representa la inflexión de la curva argumental descendente, para que vaya emergiendo un Lázaro cínico y satisfecho, con *tempo* narrativo más acelerado (Tratado IV) y cierta desvinculación sentimental con el protagonista, que pasa a segundo plano (Tratado V).²⁰ El autor adapta el *Novellino* de Masuccio Salernitano con la intención de revelarnos la duplicidad del buldero, pregonero de bulas, y el conflicto central entre el ser y el parecer, pieza esencial del humorismo (Ricapito, 1970: 311).

La deshonra, como hemos vislumbrado a la luz de la comparación con el *De officiis*, no solo reside en la aceptación del adulterio de su mujer, sino en mantener un concepto de la honra presidido por el propio interés, e inatento a las advertencias del entorno (las «malas lenguas»). El concepto epicúreo de disfrute de la existencia, designado como «provecho», queda, por tanto, satirizado: es vanagloria, fatuidad, falsedad, apariencia o, a decir de Lázaro, «negra honra». Esa «moral social del honor» podría juzgarse como «abominable y opuesta a la moral cristiana» (Menéndez Pelayo, 1995: 123a), en lo que cabe asimismo la sátira con que se despacha el autor con respecto a las devociones de fachada, movida tal vez por un prurito reformista.

Aunque la línea principal de este artículo sea el estudio de la influencia del *De officiis* de Cicerón en la concepción moral del *Lazarillo*, conviene derivar, por ende, algunas consecuencias para perfilar un retrato ideológico del autor anónimo, el cual tiene mucho de humanista, curtido en la filosofía moral de los clásicos latinos y en la obra de Petrarca, pese a que mira también con simpatía a los reformistas católicos, de lo que se desprende su sátira social, anticlerical, y la consiguiente inclusión de la novela en el Índice inquisitorial de 1559. La

²⁰ Tarr (1927: 418) había apuntado que del tema del hambre se pasa al de la sátira anticlerical en la última parte de la obra (a partir del Tratado IV), y que el final anticlimático es circular con respecto al Tratado I, lo que –en mi opinión– refuerza el determinismo y la ironía del ascenso. Por su parte, Guillén (1957: 278-279) plantea una lectura existencialista de la novela en la que Lázaro se liberaría de la angustia por sobrevivir y de la dilatación del tiempo presente en el Tratado III.

tendencia que actualmente cosecha más crédito entre la crítica especializada es, pues, la de la atribución a un humanista, llámese Pedro de Rúa, Hernán Núñez de Toledo, Juan Maldonado, Luis Vives, Gonzalo Pérez, Juan Arce de Otálora, o bien Hurtado de Mendoza, al que ya nos hemos referido.²¹

Para hacernos una idea sobre qué clase de humanista ciceroniano, de «sabor erasmista» (Castro, 1967: 106), pudo escribir el *Lazarillo* contamos con el referente de la figura de Guevara, al que desde antaño se le ha señalado como modelo estilístico, argumental y epistolar de la novela anónima.²² Marichal (1955: 123) ponía de relieve al medievalismo social de Guevara y su temple aristocrático y caballeresco. Entre otras obras, las *Epístolas familiares* del obispo de Mondoñedo, que remontan a Cicerón y Séneca, han recibido la atención de la crítica lazarillesca, sobre todo, en cuanto a la ridiculización del puntillo de los pomposos saludos cortesanos. Martino (1999: I, 544) menciona concretamente el siguiente pasaje guevariano: «si por malos de sus pecados dixese uno a otro en la corte “Dios mantenga” o “Dios os guarde”, le lastimarían en la honra y le darían una grita. El estilo de la Corte es decirse unos a otros “beso las manos de vuestra merced”»; y podrían añadirse otros lugares del mismo tenor, en los que se reconoce el co-

²¹ Véase Rico (2011: 126-128) para una crítica a esas propuestas de «mera adivinación». Rodríguez López-Vázquez lleva una década proponiendo autores del *Lazarillo*, basándose en análisis estilométricos. Empezó defendiendo la autoría de Arce de Otálora (Rodríguez López Vázquez, 2010a), aunque de inmediato se inclinó por fray Juan de Pineda; tanto en uno como en el otro se percibe la influencia de Guevara (Rodríguez López-Vázquez, 2010b: 316-317). Recientemente ha postulado la autoría del protestante Francisco de Enzinas, en virtud de su condición de traductor de Plutarco, Luciano y Tito Livio (Rodríguez López-Vázquez y Rodríguez López-Abadía, 2015; Rodríguez López-Vázquez, 2016, 2017, 2018c). Sin embargo, en las *Memorias* (1545) de Enzinas, escritas en latín, nada hay de común con el *Lazarillo*, salvo la consabida crítica protestante a los bulderos impostores y al desconocimiento del latín entre los teólogos católicos (Enzinas, 2017: 166). Además, Rodríguez López-Vázquez (2018a, 2018b) descarta la atribución de la segunda parte del *Lazarillo* a Hurtado de Mendoza, sostenida por Navarro Durán (2010).

²² Sin embargo, el estilo del *Lazarillo*, cuyo ideal es el de la *breuitas*, no es tan alambicado como el de Guevara —en el caso de Pedro de Rúa la influencia del obispo sería por inversión paródica (Martino, 1999: I, 216)—, aunque ni mucho menos carece de elaboración (Pons, 2010: 102), como afirma con falsa modestia el narrador en la *captatio* del prólogo («de esta nonada que en este grosero estilo escribo»; *LT*, 4); esa confesión de incapacidad faculta el anonimato. La *breuitas* trae consigo, como afirma la *Poetria* de Juan de Garlandia, la tendencia al asíndeton y a la conversión de formas conjugadas en participios (Curtius, 1955: 687). El tópico de la *nusticitas* —abundantísimo desde Cicerón en adelante— se aúna con el de la petición de un superior (Curtius, 1955: 128-130), al tratar de sí mismo hechos supuestamente vividos. El sistema caballeresco de virtudes está influido por esa concepción de lo *honestum* a la vez como *utile* (Curtius, 1955: 739), aunque Lida (1951-1952: 104) niega la existencia de tal sistema, y pone en cuestión la *topica* histórica de Curtius por no tener demasiado en cuenta la creación original y la circunstancia histórica concreta.

mentario jocosos de Lázaro sobre el escudero: «[...] por eso Dios ni el rey nunca os hazen merced, porque jamás llamáys a ninguno *merced*» (Guevara, 2004: 175). Con todo, la crítica no ha señalado una cita en la que se ridiculizan la liviandad e hipocresía de las fórmulas de saludo cortesano, en forma que recuerda no solo al malhadado de nuestro escudero, sino a la industria del Lazarillo con el «pedazo de uña de vaca» (LT, 54): «Con estas tan torpes y enormes condiciones, de mí digo y por mí juro que querría más unas manos y pies de ternera comer que los pies y manos de ningún cortesano besar [...] mas dezir “Bésoos las manos” o los pies ni se debe dezir ni menos consentir» (Guevara, 2004: 480).²³ No se había aludido hasta ahora a la relación entre la «uña de vaca» del *Lazarillo* y los «pies de ternera» de Guevara.²⁴

En resumidas cuentas, el autor real del *Lazarillo* nos muestra por inversión irónica, desde su atalaya moral de estoico, el concepto de honra verdadera, social, presidida por la virtud de la justicia, como decía Cicerón; no la vanagloria ficticia de Lázaro y de su amo el escudero, o la de otros ejemplares corroídos por el egoísmo. A pesar de su forma autobiográfica, sus coordenadas renacentistas, en

²³ Américo Castro interpreta el naturalismo de Guevara en sus críticas a la fórmula de cortesía «bésoos los pies» como un precedente del estilo de la novela picaresca: «el obispo de Mondoñedo se demora en describir la inmundicia de unos pies sucios. Sobre tal inversión de la perspectiva humana se llegará a la novela picaresca y a ciertas formas del arte de Quevedo» (Castro, 1967: 96). Estas notas caracterizadoras enmarcan la prepotencia satirizada de hidalgos y clérigos, de la que tampoco se libra Lázaro: «porque se tenga entera noticia de mi persona» (LT, 5); o el mismo escudero, en esa deliciosa muestra de dativo ético: «y no *me* quita muy bien quitado del todo el bonete» (LT, 62). Parece que la convivencia con el escudero y su posturo de galgo famélico es decisiva en el giro autocomplaciente de la personalidad de Lázaro (Ricapito, 1976: 198 n. 8). Incluso llega a comprar en un ropavejero un jubón, sayo raído, capa y espada (LT, 76) para más parecersele, después de haber estado cuatro años de aguador al servicio del capellán, y porque acaba halagando y encandilando a Vuestra Merced, como le hubiera gustado hacer al escudero. Además, y conforme a la línea antiáulica de nuestras letras clásicas, es en la ciudad –Toledo concretamente– donde Lázaro se acaba de corromper y picardear.

²⁴ Ynduráin (1988: 74) señala que el autor del *Lazarillo* probablemente parodió la epístola humanística de Guevara, y Lázaro Carreter (1988: 114) asegura que Guevara intenta «implantar en el castellano la *concinnitas* ciceroniana». Otros aspectos guevarianos que afloran en el *Lazarillo* son la fórmula «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba» (LT, 5), de uso común y frecuente en Guevara; el ponderar la tópica generosidad de Alejandro Magno («era el ciego para con éste un Alexandre Magno», LT, 26; «En el Magno Alexandro mucho más le loan de la largueza que tuvo en el dar [...]», Guevara, 2004: 19); las alusiones al «pan ratonado» en referencia a los avaros (Guevara, 2004: 284), y a las ensalmadoras (Guevara, 2004: 311). Se critican también aquellos frailes, caso del mercedario, no muy apegados al convento («házeseles tan de mal el residir en el monesterio», «buscando cada día ocasiones para yr al siglo y procurando negocios que negocie en el mundo»; Guevara, 2004: 513 y 537).

el *Lazarillo* se palpa el contraste de la crítica demoledora del individualismo, del «frenesí personalista» (Castro, 1967: 198), y de la falta de solidaridad o caridad, como la del ciego que envuelve la de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, Rico (2000), en línea con Sicroff (1957), sostiene el relativismo y subjetivismo epistemológico y moral de la obra, lo que en realidad nos habría hecho conocer al autor. Ahora bien, la absoluta confianza en el hombre se diluye en las anécdotas de la «casa lóbrega y oscura» (*LT*, 60), donde Lázaro aparenta verdadero terror metafísico a la muerte,²⁵ y otras supersticiones de religiosidad popular como la del clérigo «hecho trago» (*LT*, 40), la «vieja que ensalmaba» (*LT*, 42); o bien, sin ir más lejos, las oraciones mecánicas del ciego (Bataillon, 1998: 587) o los milagros del buldero –con más suficiencia en los engaños que en los latines– criticados por los erasmistas como formas de superstición.²⁶ Existe en la obra una imaginaria constante sobre la muerte apuntada genialmente por Gilman (1966), en la que destacan los fantasmones de los amos, pero se acentúa más con la muerte espiritual de *Lazarillo* para convertirse en el cínico e irónico Lázaro adulto que se enorgullece de su «ascenso» en una sociedad enferma por la honra. En efecto, el protagonista ve la muerte como una liberación para escapar a la adversidad.

Cabría entender, sin embargo, la referencia a la caridad («Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad

²⁵ Lida (1964: 357) señala cierta inconsistencia en este pasaje: «de corrido mozo de ciego se transforma en un niño inocentón y asustadizo».

²⁶ Asensio (1959: 89-97) vinculaba la composición del *Lazarillo* con un círculo de alumbrados, los *dexados* de Escalona, entre ellos Juan de Valdés («quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosos»; *LT*, 77); y en efecto, para Lázaro, Dios es paradójicamente su aliado en tretas y argucias. Actualmente, la crítica valdesiana no aprecia ningún indicio dialectal manchego en el *Lazarillo* (Pons, en prensa), aunque Navarro Durán (2004) lleva años defendiendo la autoría de Alfonso de Valdés. Erasmo criticaba las bulas de cruzada, ya que preconizaba un pacífico idealismo sobre la conversión de los turcos (Bataillon, 1977: 68-71). Ahora bien, la cuestión del *Lazarillo* es que su misma paradoja, por acumulación caleidoscópica de motivos y puntos de vista clásicos y modernos, actúa de elemento distorsionador o disolvente de cualquier orientación hermenéutica. El autor se burla y juega continuamente con la inanidad del mundo (Castro, 1967: 147), el *nada-es-lo-que-parece*, el engaño, las sombras de las cosas, los espectros famélicos de Lázaro y el escudero, la inversión de valores. La devoción en el *Lazarillo* no es íntima, sino popular. Pero, por otra parte, el ideal de verosimilitud –aunque Ruffinatto (2020: 321) lo ponga en duda para el *Lazarillo*– entronca bien con la poética contraria a los libros de caballerías, expuesta por erasmistas como Vives, y su deseo de una literatura ejemplar y edificante, sazónada por los más celebrados tratadistas morales: Cicerón, Petrarca, etc. La verosimilitud como ideal estilístico tiene más venerables predecesores en la literatura medieval, pues tampoco le es ajena a la épica castellana. En mi opinión, el pasaje de la «cornada» con el toro de piedra se asemeja al de la «pescoçada» que sufrían los caballeros noveles en su investidura (*Partidas*, II, 21.º, 14).

se subió al cielo [...]»; *LT*, 43), aparte del mito de Astrea señalado por la crítica, cierta connivencia con el espíritu erasmista, materializado en la recurrente metáfora paulina del cuerpo místico: «¿Cómo, y parecete bien que tu próximo siendo miembro tuyo, ravie y se consume de hambre, y que tú andes regoldando a perdizes [...]?» (Erasmus, 1971: 331); o en las críticas religiosas del *Enquiridion* a ayunos y abstinencias (Erasmus, 1971: 225), que suscribiría el mismo Lázaro en su desesperación: «¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!» (*LT*, 47-48). La novela humaniza con la propia experiencia vital las frías categorizaciones teológicas, en forma parecida a como el Arcediano del Alcor en su traducción del *Enquiridion* modera la tajante afirmación del «*Monachatus non est pietas*», sustituyéndola por un refrán castizo: «el hábito, como dizen, no haze al monje» (Erasmus 1971: 409). No se puede alejar del todo la impresión de una marejada de fondo erasmiana en la novela.

Como definió Lázaro Carreter (1972: 182), «el pregonero toledano, y no el autor oculto, es quien defiende la preeminencia de los triunfadores por su esfuerzo». El autor se distingue, en cambio, por su «rigor ético» (Lázaro Carreter, 1972: 191); es «moralizante» (Zimic, 2000: 86) con base estoica, lo cual se prueba en la reversión de la vana y gradual lucha del protagonista por librarse del determinismo de su origen, tan propio de la picaresca (Blanco Aguinaga, 1957: 326), presentándolo irónicamente como un iluso que cree haberlo superado sin resignarse, aunque bien es cierto que no llega a justificarse con sermones a lo Mateo Alemán. Ese determinismo biológico, la ley de la herencia de raíz folclórica, conduce a la inexorable inmoralidad del amancebamiento celestinesco de su madre (Tratado I) y de su esposa (Tratado VII), y explica su mansedumbre en «el caso» por mantener el empleo vil de pregonero, habiendo alcanzado, por así decir, la *ataraxia* lazarrillesca. Todo ello responde a la estructura circular de la obra, señalada por la crítica (Lázaro Carreter, 1972: 91-92), y a la dicotomía final entre lo honorable y lo útil, que evidencia dialécticamente el fracaso del narrador ficticio y el triunfo del autor real.

CONCLUSIONES

El *Lazarillo* pudo tomar elementos caracterizadores y estructurales de esa idea estoica de la honra que salva el autor real pero que invierte el narrador ficticio al sacrificar su honra por su provecho. No obstante, en descargo de Lázaro podríamos preguntarnos si con esa actitud está dañando a alguien, como sucede con el

que disimula dolosamente en una compraventa. Más allá de que Lázaro incumpla un estándar moral individual, el de que lo vergonzoso nunca es útil, su daño moral consiste en presentarse como un ejemplo sin serlo. Además, tal postura no es ni siquiera provechosa para su futuro; a la larga el tiempo —importante factor de la predestinación estoica— traerá la caída desde la «cumbre», como insistía Petrarca: «[...] las cosas humanas no tienen firmeza: el que en la voluble rueda de la fortuna está asentado más alto, aquel está más cerca de caer» (Petrarca, 1513: LVIII^v); o bien: «ninguno hay que dude que se ha de descender de cualquier altura humana [...] el fin de las cosas que en alto suben es caer» (Petrarca, 1513: LXX^r). Solo con la verdadera virtud se combate estoicamente a la Fortuna.

El *Lazarillo* se presentaría como una obra anónima, al estilo de los cantares de gesta, por ejemplo, si bien la cuestión de la anonimidad ha recibido otras interpretaciones como la de Lázaro Carreter (1972) sobre el escepticismo del autor ante la honra literaria; o bien, la de Rico (1987: 159), con respecto a la superchería de hacer pasar la novela como la auténtica relación de un pregonero toledano, que antes los sufría y ahora los da él; o bien, la de Castro (1967: 145), sobre la consecuencia al «autobiografismo», comprensible por la novedad de la insignificancia del protagonista, que provoca el retraimiento del autor y de su intención moralizante.

En cualquier caso, y a pesar de haber constatado la posible influencia del *De officiis* de Cicerón en la lectura moral del *Lazarillo*, no debemos perder de vista, entre tanta moralina, que la novela es simultánea y superficialmente, como decía Bataillon (1973: 100, 105), «un libro jocoso, de burlas»,²⁷ ya que a esa doble lectura se refiere precisamente Lázaro en las primeras líneas del prólogo: «podría ser que alguno que las [cosas] lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite» (*LT*, 3). En realidad, eso es el *Lazarillo* y mucho más en su irónica ambigüedad, forjada a base de escepticismo, dialéctica ciceroniana, y capas eclécticas de filosofía moral: es el relato de uno que falsea su currículum, como viene a decir Folger (2009), o el de un cómico sacándole punta a su experiencia,²⁸ o bien el de un estoico recordándonos lo inane de los afanes humanos

²⁷ Uno de los pasajes más divertidos del *Lazarillo* es el del embargo de las propiedades del escudero, que tratan de ejecutar sin éxito el alguacil y el escribano, lo que prelude el humor cervantino de altercados y peticiones. La comicidad retórica de Lázaro parece heredada de la del ciego o del clérigo (Núñez Rivera, 2002: 121-122).

²⁸ Bataillon (1973: 68) comenta que «Lázaro, dispuesto a defender con su vieja espada su felicidad más bien que su honor conyugal, es la más graciosa antítesis del honor que nos ofrece la literatura española». Puesto que el heroísmo de Lázaro es de raíz estoico, según Tiemann (Bataillon,

frente a la trágica ironía de la superioridad del destino o de la Providencia. Pese a todo, el posible alegato contra la afirmación individual será refutado medio siglo después por la libre y fantasiosa voluntad quijotesca, que se obligaba a «matar en los gigantes a la soberbia» (*DQ*, II, 8, p. 754).²⁹

1973: 97), opuesto al epicureísmo de las profecías burlescas del ciego sobre el vino y los cuernos en las adiciones de Alcalá (1554), no llega a alcanzar la mirada desengañada y cínica de un Guzmán de Alfarache o de un Buscón, ni el ensañamiento de los *fabliaux*, sino más bien es moderada y compasiva (Asensio, 1959: 86-87).

²⁹ Las siglas *DQ* corresponden a la ed. Rico (2015) de *Don Quijote de la Mancha*. En reiteradas ocasiones advierte Erasmo sobre la vanidad que sobreviene tras haber vencido las pasiones, que hay que combatir con más arrojo si cabe.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Agulló y Cobo, Mercedes (2010): *A vueltas con el autor del «Lazarillo». Con el testamento y el inventario de bienes de don Diego Hurtado de Mendoza*, Madrid, Calambur.
- Alonso, Dámaso (1958): «El realismo psicológico en el *Lazarillo*», en *De los siglos oscuros al de oro*, Madrid, Gredos, pp. 226-234.
- Asensio, Manuel J. (1959): «La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», *Hispanic Review*, 27, pp. 78-102.
- Bataillon, Marcel (1973): *Novedad y fecundidad del «Lazarillo de Tormes»*, Salamanca, Anaya.
- (1977): *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica.
- (1998): *Erasmus y España: estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Blanco Aguinaga, Carlos (1957): «Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 11, pp. 313-342.
- Blanquat, Josette (1973): «Fraude et frustration dans *Lazarillo de Tormes*», en José Luis Alonso Hernández et alii (eds.), *Culture et marginalités au XVI^e siècle*, París, Klincksieck, pp. 41-73.
- Blecua, Alberto (ed.) (1975): *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, Madrid, Castalia.
- Caso González, José (ed.) (1967): *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española.
- Castro, Américo (1967): *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus.
- (1980): *Cuestiones académicas*, ed. Julio Pimentel Álvarez, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cicerón, Marco Tulio (1987): *Del supremo bien y del supremo mal*, ed. Víctor-José Herrero Llorente, Madrid, Gredos.
- (1996): *Cartas a Ático, II*, ed. Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, Madrid, Gredos.
- (1997): *De officiis*, ed. Walter Miller, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press (Loeb Classical Library).
- (2008): *Cartas, IV. Cartas a los familiares II (Cartas 174-435)*, ed. Ana-Isabel Magallón García, Madrid, Gredos.
- (2010): *Tusculanas*, ed. Antonio López Fonseca, Madrid, Alianza.
- (2014): *Los deberes*, ed. Ignacio J. García Píñilla, Madrid, Gredos.
- Colahan, Clark (2001): «Epicurean vs. Stoic debate and Lazarillo's character», *Neophilologus*, 85, pp. 555-564.
- Corencia Cruz, Joaquín (2016): «Algunos apuntes sobre las fuentes clásicas prologales del *Lazarillo* y de las primeras prosas de Diego Hurtado de Mendoza: Marco Tulio Cicerón y Lucio Anneo Séneca», *Lemir*, 20, pp. 167-190.
- Curtius, Ernst Robert (1955): *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- Dyck, Andrew R. (1996): *A commentary on Cicero «De Officiis»*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Enzinas, Francisco de (2017): *Memorias. Informe sobre la situación en Flandes y la religión de España*, ed. Francisco Socas, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

- Erasmus de Rotterdam (1971 [1932]): *El Enquiridion o Manual del caballero cristiano, y la Paráclisis o Exhortación al estudio de las letras divinas*, ed. Dámaso Alonso, prólogo de Marcel Bataillon, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y *Revista de Filología Española* (anejo xvi).
- Folger, Robert (2009): *Picaresque and Bureaucracy: Lazarillo de Tormes*, Newark, Juan de la Cuesta.
- Frenk, Margit (1980): «Lazarillo de Tormes. Autor – Narrador – Personaje», en Hans Dieter Bork, Artur Greive y Dieter Woll (eds.), *Romania Europaea et Americana. Festschrift für Harri Meier*, Bonn, Bouvier, pp. 185-192.
- Fromm, Erich (2004): *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós.
- García de la Concha, Víctor (1981): *Nueva lectura del «Lazarillo»*. *El deleite de la perspectiva*, Madrid, Castalia.
- García Gual, Carlos (2002): *Epicuro*, Madrid, Alianza.
- Gargano, Antonio (ed.) (2017): *Lazarillo de Tormes*, Venezia, Marsilio.
- Gilman, Stephen (1966): «The death of Lazarillo de Tormes», *Publications of the Modern Language Association*, 81, pp. 149-166.
- Gómez Canseco, Luis (ed.) (2004): *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, Madrid, Mare Nostrum.
- Guevara, Antonio de (2004): *Obras completas, III. Epístolas familiares*, ed. Emilio Blanco, Madrid, Fundación José Antonio de Castro.
- Guillén, Claudio (1957): «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», *Hispanic Review*, 25, pp. 265-279.
- Lázaro Carreter, Fernando (1972): «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca, Barcelona, Ariel.
- (1988): «La prosa de Fray Antonio de Guevara», en Víctor García de la Concha (ed.), *Literatura en la época del emperador*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 101-117.
- Lida de Malkiel, María Rosa (1951-1952): «Perduración de la literatura antigua en Occidente (A propósito by <sic> Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*)», *Romance Philology*, 5, pp. 99-131.
- (1964): «Función del cuento popular en el *Lazarillo de Tormes*», en Frank Pierce y Cyril A. Jones (eds.), *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas: celebrado en Oxford del 6 al 16 de septiembre de 1962*, Oxford, The Dolphin Book, pp. 349-359.
- López, Gregorio (ed.) (1555): *Las Siete Partidas del sabio rey don Alonso el nono, nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de su Magestad*, Salamanca, Andrea de Portonaris.
- Lucrecio Caro, Tito (2016): *La naturaleza de las cosas*, ed. Miguel Castillo Bejarano, Madrid, Alianza.
- Maiorino, Giancarlo (2003): *At the margins of the Renaissance: Lazarillo de Tormes and the picaresque art of survival*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University.
- Marasso, Arturo (1955): *Estudios de literatura castellana*, Buenos Aires, Kapelusz.
- Marichal, Juan (1955): «Sobre la originalidad renacentista en el estilo de Guevara», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 9, pp. 113-128.
- Martino, Alberto (1999): *Il «Lazarillo de Tormes» e la sua ricezione in Europa (1554-1753)*, Pisa/Roma, Istituti Editoria li e Poligrafici Internazionali, 2 vols.
- McGrady, Donald (1970): «Social irony in *Lazarillo de Tormes* and its implications for authorship», *Romance Philology*, 23, pp. 557-567.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1995): *Historia de los heterodoxos españoles: erasmistas y protestantes, sectas místicas, judaizantes y moriscos, artes mágicas*, México, Porrúa.

- Navarro Durán, Rosa (2004): *Alfonso de Valdés, autor del «Lazarillo de Tormes»*, Madrid, Gredos.
- (ed.) (2010): *Novela picaresca, V*, Madrid, Fundación José Antonio Castro.
- Núñez Rivera, Valentín (2002): *Razones retóricas para el «Lazarillo». Teoría y práctica de la paradoja*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2017): «Atisbos lucianescos en los *Lazarillos*», en Pierre Darnis, Elvezio Canonica-de Rochemonteix, Pedro Ruiz Pérez y Ana Vian Herrero (eds.), *Sátira menipea y renovación narrativa en España: del lucianismo a «Don Quijote» (Homenaje a Michel Cavillac)*, Pessac, Presses Universitaires de Bordeaux, y Córdoba, UCOPress, Editorial Universidad de Córdoba, pp. 175-193.
- Petrarca, Francesco de (1513): *De los remedios contra prospera et aduersa fortuna*, ed. Francisco de Madrid, Sevilla, Jacobo Cromberger.
- Pina Polo, Francisco (2005): *Marco Tulio Cicerón*, Barcelona, Ariel.
- Pons Rodríguez, Lola (2010): *La lengua de ayer. Manual práctico de Historia del Español*, Madrid, Arco/Libros.
- (ed.) (en prensa): *Juan de Valdés. Diálogo de la lengua*, Madrid, Real Academia Española.
- Ricapito, Joseph V. (1970): «*Lazarillo de Tormes* (Chap. V) and Masuccio's fourth novella», *Romance Philology*, 23, pp. 305-311.
- (ed.) (1976): *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Cátedra.
- Rico, Francisco (1987): *Problemas del «Lazarillo»*, Madrid, Cátedra.
- (2000): *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral.
- (ed.) (2011): *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Real Academia Española.
- (ed.) (2015): *Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española.
- Rodríguez López-Vázquez, Alfredo (2010a): «El 'tractado del escudero' en el *Lazarillo de Tormes* y la metodología de atribución de la obra. Nuevas aportaciones al *stemma*», *Lemir*, 14, pp. 259-272.
- (2010b): «Una refutación de las atribuciones del *Lazarillo* a Alfonso de Valdés, Hurtado de Mendoza y Arce de Otálora: La hipótesis de Juan de Pineda», *Lemir*, 14, pp. 313-334.
- (2016): «Las dos partes del *Lazarillo de Tormes*, la Reforma Protestante y la atribución a Enzinas», *Janus*, 5, pp. 49-64.
- (2017): «La *Historia verdadera* de Luciano, la traducción de Enzinas y el *Lazarillo*. Hacia una autoría compartida», *Etiópicas*, 13, pp. 57-65.
- (2018a): «Sobre la atribución de la segunda parte del *Lazarillo* a Hurtado de Mendoza: algunos errores metodológicos», *Artífara*, 18, pp. 143-151.
- (2018b): «Las dos partes del *Lazarillo* y su autor: una refutación de las dos hipótesis de Rosa Navarro», *Lemir*, 22, pp. 401-420.
- (2018c): «Dos microsistemas predictivos en el *Lazarillo de Tormes*: evidencias para la atribución a Francisco de Enzinas», *eHumanista*, 38, pp. 820-833.
- y Rodríguez López-Abadía, Arturo (2015): «Problemas del *Lazarillo*: el falso privilegio de Martín Nucio y la atribución a Enzinas», *Lemir*, 19, pp. 377-396.
- Ruffinatto, Aldo (2020): «Una novela antiheroica llena de pícaros: *La vida de Lazarillo de Tormes*», en Miguel Ángel Cuevas Gómez, Fernando Molina Castillo y Paolo Silvestri (coords.), *España e Italia: un viaje de ida y vuelta. «Studia in honorem» Manuel Carrera Díaz*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, pp. 307-323.
- Sánchez-Blanco, Francisco (1981): «El *Lazarillo* y el punto de vista de la alta nobleza», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 369, pp. 511-520.

- Sauve, Michel (1988): «Lazarillo de Tormes, crieur public: un souvenir de Cicéron?», en J.-C. Chevalier y M.-F. Delport (eds.), *Mélanges offerts à Maurice Molho*, París, Éditions Hispaniques, I, pp. 583-585.
- Séneca, Lucio Anneo (2000): *Epístolas morales a Lucilio*, ed. Ismael Roca Meliá, Madrid, Gredos, 2 vols.
- Serés, Guillermo (ed.) (2006): *Don Juan Manuel. El conde Lucanor*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Shackleton Bailey, David R. (ed.) (1987): *M. Tulli Ciceronis. Epistulae ad Atticum*, Stuttgart, Teubner.
- Sicroff, Albert A. (1957): «Sobre el estilo del *Lazarillo de Tormes*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 11, 2, pp. 157-170.
- Tarr, F. Courtney (1927): «Literary and artistic unity in the *Lazarillo de Tormes*», *Publications of the Modern Language Association*, 42, pp. 404-421.
- Torquemada, Antonio de (1994): *Obras completas, I. Manual de escribientes. Coloquios satíricos. Jardín de flores curiosas*, ed. Lina Rodríguez Cacho, Madrid, Fundación José Antonio de Castro/Turner.
- Truman, R. W. (1968): «Parody and irony in the self-portrayal of Lázaro de Tormes», *The Modern Language Review*, 63:3, pp. 600-605.
- (1969): «Lázaro de Tormes and the ‘Homo Novus’ tradition», *The Modern Language Review*, 64, 1, pp. 62-67.
- (1975): «*Lazarillo de Tormes*, Petrarch’s *De remediis adversae fortunae*, and Erasmus’ *Praise of folly*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 52, pp. 33-53.
- Wardropper, Bruce W. (1961): «El trastorno de la moral en el *Lazarillo*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15, pp. 441-447.
- Willis, Raymond S. (1959): «Lazarillo and the pardoner: the artistic necessity of the fifth *Tractado*», *Hispanic Review*, 27, 3, pp. 267-279.
- Woods, M. J. (1979): «Pitfalls for the moralizer in *Lazarillo de Tormes*», *The Modern Language Review*, 74, pp. 580-599.
- Woodward, L. J. (1965): «Author-Reader relationship in the *Lazarillo de Tormes*», *Forum for Modern Language Studies*, 1, pp. 43-53.
- Woolf, Raphael (2015): *Cicero. The philosophy of a Roman sceptic*, London, Routledge.
- Ynduráin, Domingo (1988): «Las cartas en prosa», en Víctor García de la Concha (ed.), *Literatura en la época del emperador*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 53-79.
- Zimic, Stanislav (2000): *Apuntes sobre la estructura paródica y satírica del «Lazarillo de Tormes»*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert.